

que se había publicado en Florencia también la sentencia, y los dos esposos eran activamente buscados, no tenía más distracción que echar una mirada de vez en cuando á la calle alzando un poco la persiana.

Un día que el gran duque Francesco Médicis pasaba caracoleando á caballo, porque entonces era joven, bello y hábil jinete, levantó la cabeza hacia este lado y vió en el fondo oscuro de la ventana brillar los grandes ojos de Bianca como dos topacios. La joven se apercibió de ello y se ruborizó dejando caer en su turbación una flor que tenía en la mano. Deteniéndose el príncipe entonces, echa pie á tierra, recoge la flor y la lleva á sus labios mirando á la ventana; pero ya había desaparecido la encantadora visión. En vano pasó el gran duque muchas veces después: la ventana estaba siempre cerrada. Entristecido llamó á su confidente, hombre avisado y ducho en tales aventuras y le dijo: Es preciso que antes de ocho días sepa yo el nombre de esa beldad.

El confidente, cortesano ante todo, pidió consejo á su mujer, la cual muy contenta con una misión que podía valerle los más altos favores, corrió á tomar inmediatamente sus medidas. En breve supo que la casa estaba habitada por dos matrimonios, uno joven y otro viejo; que una mujer de edad salía por las mañanas á la compra, mientras que los dos hombres van por la noche á llevar sus trabajos de pluma, y que la joven no salía nunca. Faltábale el medio de penetrar en el interior de esta familia, y hé aquí el plan á que se arresta. Monta en su carruaje, espía la salida de la vieja y ordena á su cocheró seguirla haciendo de modo que los caballos la atropellen y la hagan caer. Y así se hizo: la pobre mujer rodó por tierra empujada por los caballos. Al instante salta de su coche la dama, corre junto á la víctima, la hace levantar á sus criados y sentarla á su lado en el carruaje, ordenando al cocheró después de haberle reprendido su torpeza, que guíe á casa de la anciana. Luego manda llamar á su médico, y se instala á la cabecera de su lecho formando empeño en asistirle ella misma. Durante este tiempo observa y reconoce en la conversación de la joven, lo mismo que en sus maneras, que no es una mujer cualquiera. Bajo su humilde traje se dejaba ver la nobleza de los Capello, y cuando llegó la noche, partió segura ya de haber entrevisto un secreto de que había de sacar partido.

Todos los días volvía á la casa de la enferma y á vueltas de otras cosas, no dejó de hablar de su posición en la corte, ofreciendo en esta oportunidad sus servicios. La bella Bianca, cuya confianza supo captarse aquella con mil zalamerías, acabó por decirsele todo rogándole mediara en su conflicto para que se revocara la sentencia del Consejo de los Diez que amenazaba á toda la familia. La dama entonces prometió una

audiencia del Gran Duque, haciéndole comprender que ella obtendría mejor la gracia, contándole por su propia boca sus desgracias. En su virtud convinieron en que el día siguiente volvería la dama por ella para vestirla con el traje más conveniente á una patricia que había de ser recibida por el soberano. En efecto, el día siguiente vino y salió con Bianca la cual no volvió más. Pietro cayó en la desesperación y una noche fue asesinado en una riña cerca del *Ponte Vecchio*.

Después de la muerte de la gran duquesa, Juana de Austria, Francesco Médicis se casó secretamente con Bianca en la capilla del palacio. El secreto no estuvo guardado mucho tiempo y Bianca, ocupó, seis meses después, el lugar de Juana de Austria. El Gran Duque envió de embajador á Venecia, para anunciar su casamiento, al conde Mario Sforza de Santa Fiora y los parientes de Bianca salieron á recibir al embajador á fin de ofrecerle hospitalidad en el palacio Capello. El mismo Grimani, aquel severo patriarca, que había sublevado á la nobleza cuando se fugó su sobrina, bajó de pontifical á la puerta del palacio á recibir al conde Sforza. El senado en esta ocasión hizo á los Capello caballeros de *l'Ettole d'oro* y el Consejo de los Diez hizo inscribir este acontecimiento en el *Libro de oro*.

La casa de Goldoni.—El Ticiano.—El puente del Paraiso.

Continuando ahora nuestras escursiones y volviendo á pasar por el palacio Foscari, entramos en un canaletto de los más pintorescos con sus dos campanarios, uno de la iglesia del *Carmine* y el otro de los *Frari*, y con su virgen cubierta en una pequeña capilla que domina el muro del recinto del bello palacio Rezonico. En el extremo, cerca del puente *dei Nomboti ó della Dona Ovesta*, á la entrada *della via di La-Cent'anni*, parroquia de San Tomazo, está sita la casa en que vino al mundo en 1707 el célebre poeta Goldoni, el restaurador del teatro italiano. La república de Venecia cometió la gran falta de dejarlo morir en tierra extranjera, pensionado y colmado de honores por el rey de Francia. Jamás, hay que decirlo, jamás supieron los venecianos apreciar el mérito de sus escritores, bien diferentes en esto de los atenienses que coronaban de rosas á Aristófanes á su salida del teatro, cuando acababa él de zaherirlos con sus más mordaces sátiras. El interior de este patio con su escalera y sus pámpanos verdes es uno de los bellos tipos de la casa veneciana.

A cada paso que se da en Venecia, está uno seguro de pisar una baldosa histórica, de pasar por delante de algún pequeño canal, callejuela ó ático que ofrecen al artista ó al arqueólogo estudios llenos de interés. ¿Veis esa puerta elegantemente esculpida?

¿No es la obra magna de un artífice de primer orden? Y esos martillos de bronce que representan ya á Neptuno en pie sobre sus dos caballos marinos, ya á Venus, es decir, á Venecia en su concha marina, saliendo del seno de las hondas, ¿no han sido modeladas en el taller de Vittoria ó de Sansovino? Llamad ahora á esa puerta y entrareis en el patio del palacio Van-Axel, curioso por su inmensa y pintoresca escalera, cuya rampa sostiene las cabezas esculpidas de los dueños de la casa. Mas lejos está la habitación del célebre viajero Marco Polo; después en la *contrada San Canciano* y en el sitio que llaman ahora *Birigrando*, se ve una parte de la casa de Ticiano. Vecellio, á quien el dux Barbarigo, cuando lo vió envejecer, instaló en su bello palacio del Gran Canal.

Ticiano prefirió siempre Venecia á las cortes extranjeras. Felipe II, Leon X y Paulo III hicieron todos los esfuerzos posibles para atraerlo; pero jamás pudieron conseguirlo. Es imposible encontrar un sitio más poético que el en que se alzaba la habitación de Ticiano: tenía por perspectiva toda la extensión setentrional de las lagunas con las islas de San Cristophoro, de San Michele, de Murano, de San Francisco del Desierto, y cerrando el horizonte la cadena azul de los Alpes Julianos. Por la escalerilla de esta bella habitación, subió también muchas veces otro hombre de genio que venía aquí huyendo de los importunos que acudían á su casa. Su escalera, decía soberbiamente, estaba gastada por los pies de la multitud que por oírlo y admirarlo, le rompían la cabeza. Este hombre era Aretino. Mas lejos, en Santa María del Orto, se pasa por delante de la casa de Jacopo Robusti, llamado el Tintoreto, y es fácil reconocerla por el santo *enturbanado*, puesto en un nicho al lado de la puerta. De un natural pacífico y bueno, Tintoreto tenía todo su placer en hablar del arte con sus amigos y ejercitarse en la música. Excelente tañedor de luth, de guitarra y de varios instrumentos de su invención, se le veía acompañar á su hija Marieta, que cantaba hábilmente. Discípula del célebre tenor napolitano tocaba agradablemente el *grave cembalo*.

A estas soirées musicales venía también el pintor da Ponte, muy hábil músico y finalmente el maestro Giuseppe Zarlino, director de la capilla ducal de San Marcos.

La casa de Alejandro Vittoria, el escultor de la escalera de oro y de las más bellas salas del palacio de los dux, merece también mención. Está situada en la *calle della Pietá*, y el busto de este artista, colocado sobre la puerta, indica al extranjero su morada. Muy aficionado á las flores, tanto como á las estampas, dibujos y medallas, su gabinete era un verdadero museo abierto siempre á los estudiosos.

¿Cuántas habitaciones ilustres, palacios notables y

galerías preciosas nos quedarían que ver! Citemos solamente por memoria la casa de Giorgio Bartaselli, por otro nombre Giorgione, sita en el *campo San Silvestro*. Su fachada estaba cubierta de frescos, ya borrados y representando grupos de niños, músicos, poetas y otras fantasías. Ved en otro lado el palacio de Marino Faliero, que hace frente al *Campo Sacri Apostoli*, y finalmente la vieja casa del Moro, la casa de Othelo, inmediata á la iglesia del *Carmine*. Recorriendo todas estas callejuelas pintorescas, pasamos el Ponte del Paraiso, sobre el cual se alza un agudo pórtico, donde la Virgen María, vestida de reina de la edad media, abriga bajo su manto á un monge arrodillado. ¿Cuántas curiosas puertas adornadas de magníficos blasones, de esculturas, ya grotescas, ya de buen gusto! ¿Cuántos arcos elegantes, escaleras pintorescas y magestuosas, pórticos y columnatas, donde se estasia la vista en un misterioso claro-oscuro! A cada paso el pintor halla un cuadro, donde la belleza del color se une á la belleza de la forma para componer un conjunto á ningún otro semejante. Para ver bien y comprender las maravillas de Venecia, es menester recorrerla en todos los sentidos, á pie más bien que en góndola, y penetrar en sus patios y en sus casas. Los extranjeros se contentan con ver los museos y salen luego de la ciudad sin sospechar siquiera sus riquezas pintorescas. Este es el lado poco conocido de Venecia, por cuya razón hemos hablado de ello más largamente. Las otras riquezas de Venecia están descritas en todos los libros y guías del viajero y por consiguiente nos abstendremos de fatigar con ellas al lector.

La laguna y sus islas.—Isola San Lazzaro dei Armeni.

Una bella mañana del mes de abril, partí de la Piazzeta en góndola descubierta para ir al convento de los armenios. La isla San Lazzaro, donde está situada se descubre en frente de Venecia á una milla poco más ó menos.

Este día la laguna tranquila y luciente como un acero bruñido fatigaba la vista: el cielo estaba triste ó por mejor decir melancólico. Recostado en los blandos cogines de la barca, avanzaba despacio y sin otro movimiento que las oscilaciones producidas por los golpes de los remos. Yo admiraba el profundo silencio de la naturaleza en esas horas en que reposa: únicamente el canto lejano y agradable del pescador alteraba la somnolencia del mar y del cielo; y sin la brisa ligera de la mañana, el viento de los jacintos, como dicen los poetas armenios, hubiera sido difícil resistir al adormecimiento producido por una atmósfera completamente impregnada de electricidad.

Abismado en mis reflexiones, llegué á olvidar el tiempo y la distancia, cuando los rojos muros de San

Lazzaro aparecieron como surgiendo de las aguas. Desde lejos, el recinto del convento, con sus grandes parrales, sus edificios vermejados, cuyo esplendor aumentaba el sol, y su campanario construido al este-
lo oriental de los minaretes, aparecía como un refugio, como un oasis en el desierto. En este momento, doblaba la góndola el ángulo de la isla de los Locos, dejando á la derecha la *isla San Giorgio Maggiore*.



Patio de la casa Goldoni.

Al pie de los muros y debajo de una de las enrejadas ventanas en que se agitan los desgraciados huéspedes de este hospital, me llamó una voz pidiéndome pan y libertad. ¡Ser libre es la aspiración hasta de los que han perdido el juicio!

Este hospital de San Cervolo está admirablemente situado para casa de locos: parece que los infelices de que aquí se cuida, deben guardar un rayo de luz en la noche de su inteligencia. Aire, sol, espacio, brisa

pura de la mar, Venecia en frente.—Boga á prisa, gondolero; alejemos los tristes pensamientos que nacen en presencia de este asilo de las miserias humanas.

En el momento en que la góndola atraca en la escalera de mármol que bañan las transparentes aguas del golfo, la puerta del monasterio se abre como por encanto y el viajero avanza entonces por el átrio guarnecido todo de flores y arbustos. Muy luego



Canal Rezonico en Venecia.